

Más sobre los modos de aprender

FERNANDO PARIENTE

Pese a todos los avances de la moderna tecnología, las operaciones intelectuales siguen siendo para nosotros un misterio. Es cierto que ahora sabemos ya algo sobre las zonas del cerebro en las que se localizan algunos tipos de actividad mental o emocional, pero detectar el lugar y las células que lo

Esta falta de conocimientos precisos sobre el desarrollo del proceso de aprendizaje produce una crisis continua en la institución a la que la sociedad confía la función de transmitir, tanto las destrezas y habilidades necesarias para cualquier proceso intelectual, como los contenidos culturales y científicos que ha ido atesorando a lo largo de la historia.

La escuela, como institución, se halla, por eso, sometida permanentemente a un debate sobre sus métodos e instrumentos de trabajo. El único modo de saber si funciona o no funciona bien son los resultados que obtiene. Fracasa, luego sus métodos no son buenos; pero no se pueden analizar en sí mismas las razones y las causas del fracaso, porque, en definitiva, no sabemos todavía con precisión cómo se produce el aprendizaje.

Hasta ahora procedemos por ensayos: experimentamos y analizamos; comparamos las experiencias que siguen un método determinado con otras que siguen un método distinto e inferimos, por los resultados, que una parece mejor. Vemos siempre el problema por su cara externa y desde fuera, la esencia permanece en el misterio.

«Los niños aprenden mejor aquí o los niños aprenden mejor en este otro sitio»; «a un alumno le va mejor este año y al mismo le puede ir peor el siguiente», «este método le va mejor a este tipo de alumnos, pero este otro funciona mejor con los que son de una forma distinta...», el caso es que inciden siempre tantas variables sobre el éxito o el fracaso escolar que resulta arriesgado pronosticar a cual de ellas se debe.

Partiendo de estos presupuestos, sólo de una cosa me parece estar seguro, es de la falsedad del principio de

producen no pasa de ser un aproximación periférica, que deja intangible el núcleo del misterio sobre la naturaleza de actividades mentales tan fundamentales como el aprendizaje, el almacenamiento de datos en la memoria, la recuperación y activación de esos datos, etc.



que el aprendizaje sea un acontecimiento penoso, resultado de pacientes esfuerzos.

Que el proceso muchas veces degenera en eso, lo veo y compruebo todos los días, pero ello no quiere decir que ese sea el modo ordinario cómo las cosas debieran transcurrir; la penosidad añadida al acto de aprendizaje se debe, con seguridad, a defectos del planteamiento del sistema o, si se quiere, a falta de adecuación de un método, planificado para una generalidad de personas, con las necesidades individuales y concretas de cada uno.

La escuela no enseña a la carta

Imagino que el aprendizaje está sometido a un ritmo biológico y personal, diferente en cada individuo, lo mismo que el crecimiento y desarrollo corporal.

No todos los niños dan el estirón al mismo tiempo, ni llegan a alcanzar la misma estatura, ni desarrollan la misma masa muscular. Cada uno es distinto, crece y se desarrolla a un ritmo diferente y termina configurándose corporalmente de un modo diverso a todos los demás.

Sin embargo, la escuela obliga a todos a aprender al mismo ritmo, en el mismo tiempo y de la misma manera, las mismas cosas. Demasiada uniformidad para que funcione.

Lo que la escuela debería ser es el contexto adecuado para que las ganas de aprender, que los niños tienen, de forma natural y espontánea, se desarrollasen, afianzasen y encontrasen el mejor caldo de cultivo donde crecer. Sin embargo, no es eso para la mayor parte de los alumnos, que ni se sienten en ella motivados para aprender, ni se sienten a gusto sometidos a la rigidez de sus sistemas. Así la escuela, en vez de constituir un ámbito de conocimiento satisfactorio, se convierte para algunos niños en centro de frustración y fracaso.

La mayor parte de los profesores piensan que el aprendizaje se produce esporádicamente y en pequeñas cantidades, que es el resultado de un esfuerzo personal y fruto de un trabajo aislado y bien organizado. En resumen, que nada se puede aprender sin tener muchas ganas de hacerlo, porque lo aprendido tiende rápidamente a olvidarse y necesita ser continuamente «refrescado». Aprender es un trabajo... y un trabajo más bien duro.

Lo cual no deja de ser cierto si observamos lo que pasa en las aulas, pero la experiencia de cada día nos muestra también, a poco que queramos observar, que los niños y los adultos aprendemos con menos trabajo otras cosas que nadie tiene un empeño tan fuerte en enseñarnos y lo hacemos de una forma natural que parece contradecir esa ley de la tendencia al olvido de las cosas aprendidas, porque para retenerlas no necesitamos repetir las tanto.

Lo que pasa es que la escuela no nos enseña lo que cada uno desea aprender y en el momento en el que le apetece aprenderlo, sino lo que ella determina que debe ser aprendido y en el momento en que ella lo determina.

La escuela tampoco enseña en pandilla

Traigo toda esta reflexión a colación porque he leído un artículo de un pedagogo inglés llamado Frank

Smith en el que se afirma que el acto del aprendizaje es un acto social, que tiene su contexto natural en la compañía de otras personas y que se produce principalmente por la interacción con los demás. Es decir, parodiando un dicho popular, «hablando aprende la gente». No deja de tener su ironía que muchos profesores nos hayamos pasado media vida exigiendo silencio y concentración para que después nos vengan a decir que hablando se aprende más y mejor.

Volviendo mentalmente a la infancia creo que por entonces eso ya lo sospechaba, igual que los niños de ahora; lo malo es que después me hice adulto y me dejé convencer por las malas ideas de los mayores.

En estos días que se habla de inteligencias múltiples, creo que el profesor británico tiene razón: uno aprende más fácilmente en diálogo natural con los demás que en el artificial diálogo que se entabla entre uno mismo y la letra impresa de un libro..., aunque la letra impresa se pueda siempre convertir en un participante más de un intercambio colectivo de ideas a muchas bandas. Ya lo decían los griegos, Sócrates con su método mayéutico, y la Academia de Platón con su sistema peripatético: las lecciones eran entonces diálogos de los discípulos y el maestro.

Lo malo es que nuestros sistemas educativos se mueven con «masas» de alumnos. Demasiado para la «mayéutica» y el «peripateo»

